

El libro invisible

Mi libro tiene las tapas blancas, de cartón blando y desgastado por las esquinas. El Hombre Invisible que se lee por encima del nombre del autor tiene la primera letra de cada palabra en mayúscula. El título es azul y, a su lado, sobre el blanco, está un minimalista traje negro y bombín del mismo color sostenidos en el aire.

Las páginas son amarillas. Mi hermana me lo dio hace muchos años. Lo leí dos veces, una tras otra, y se quedó entre mis favoritos durante mucho tiempo. Tiene un tres de copas entre las páginas amarillas, también doblado por las esquinas. Además, algunas de las páginas tienen las esquinas dobladas hacia dentro, porque esa es la manía de mi hermana y ella me dio el libro.

Y yo te lo dejé, no te lo di. Nunca te dije que te lo quedases.

Estabas recostado en mi cama como si fuera la tuya. Tienes esa facilidad de adueñarte de todo, lo que pasa es que antes me gustaba. Me divertía tu falta de respeto. Sería que estabas muy guapo con esa sonrisa de travieso. Eso fue antes de que me diera cuenta de que eres un chulo, que se piensa que eso de decir: "Yo pido perdón, no permiso" justifica sus actos. Y no, no lo hace. Estabas recostado en mi cama y yo me reía con risa tonta como si algo de lo que habías dicho fuera gracioso. Y cogiste el libro. Mi libro.

—Anda, ¿y este?

—Pues es un clásico.

—He visto la peli.

—No tiene nada que ver.

—¿La has visto también?

—No, pero seguro que no tiene nada que ver. El libro es buenísimo.

Lo abriste, recostado en mi cama. Con el hombro apoyado en mi almohada. La carta del tres de copas se cayó sobre la colcha y no le dedicaste una segunda mirada. Tuve que recogerla yo y ponerla sobre la estantería.

—¿Está bien?

Entonces dije la tontería. La estupidez. ¿Quién me mandaba a mí tratar de impresionarte o de ganarme una de esas estúpidas sonrisas de medio lado?

Parecías encantador, supongo. Tienes algo de encantador, de embaucador, de imbécil.

—Si quieres te lo dejo.

—Venga vale —respondiste, como haciéndome un favor.

Me di cuenta, pero lo dejé pasar. Supongo que porque eras un chico guapo que estaba recostado en mi cama y mirándome con ojos oscuros. Porque tienes algo encantador, de los que encantan serpientes.

Te llevaste mi libro antes de que me diera cuenta de que eres más imbécil que encantador. Que tu sonrisa en realidad me saca de quicio. Que no voy a seguirte el royo ese que tienes de chico malo. Mi libro estaba ya en tu casa cuando dejé de reírte las gracias y tú dejaste de hablarme. Y ahora, cada vez que me voy a dormir veo la carta boca abajo en mi estantería y el hueco del libro de tapas blancas y páginas amarillas. Y antes de meterme en la cama vuelvo a cambiar las sábanas una vez más, con rabia, aunque lo haya hecho ese mismo día.

Y duermo de espaldas, cara a la pared: castigada. Para no ver el hueco del libro, mi libro, y no pensar en dónde lo habrás puesto si seguro que ni siquiera te has leído la primera página.